

Subversión involuntaria

Víctor Pliego

El elevado propósito del espectáculo teatral *El fantasma de la ópera* consiste en consumir la moderna unión entre arte y negocio. A pesar de su estética extemporánea, se trata de un producto propio de nuestros tiempos. Todo ha sido calculado en honor a los máximos rendimientos y a mayor gloria del único pensamiento. El argumento es tan perfecto y económico como una receta de hamburguesas industriales: contiene la exacta dosis de intriga, romanticismo, sustos y risas, evitando cuidadosamente cualquier posible asomo de un perturbador esfuerzo intelectual que pudiera comprometer las neuronas de las masas, cual pudiera ser la ironía, la crítica o el sarcasmo.

Paradójicamente, tanto empeño queda malogrado porque, sin pretenderlo, todo el montaje es una gran burla, mal disimulada, sobre la ópera, sus divos, su pompa, su pretenciosidad. El fantasma ha nacido claramente a la sombra del teatro lírico, alimentándose de sus despojos y no puede ocultarlo. Igual que su protagonista, la pieza se venga contra un género que no comprende ni acepta. Como en la verdadera ópera, este montaje revela una feroz lucha de clases. El gran público se identifica con el espantajo: también se siente excluido de la ópera y satisface su resentimiento, mal disimulado, con este sucedáneo. El problema no es de poder adquisitivo sino de cultura. Es más fácil y económico ver producciones mejores y más fastuosas de ópera y zarzuela que a la criatura de Lloyd Weber. Las entradas para el musical están más solicitadas aunque son considerablemente caras: su precio es el de la indulgencia contra el remordimiento brotado de la ignorancia. Las funciones se llenan con espectadores de Madrid y de otros lugares, que acuden en peregrinación expresamente para ver el espectáculo e incorporarse por una hora al fascinante mundo de la cultura espuria. El público disfruta a pesar de que el libro y la música son insustanciales y los cantantes malos.

Los accesorios ocupan todo el protagonismo: la tramoya con 22 cambios de escena, los 230 trajes, las innumerables velas, las 10 máquinas de niebla y humo, la excelente sonorización. Los verdaderos artistas y creadores son los agudos cerebros que han concebido y realizado el negocio redondo.